

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. 4.

23 DE NOVIEMBRE DE 1890

NÚM. 4.

SUMARIO

La clase media es la tutora del proletariado. por Alberto Bosch.—El octavo... por Fernando Martín Redondo.—Nuevo Icaro (dolora), por Campoamor.—En el álbum de una bellísima dama, por José Jover.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Desde el boulevard, por R. Blasco.—Desde mi nido, por Manuel Eulate.—Cuento, por Juan Uña.—La estrella roja (fragmentos).—Un éxito: *Serafina la devota*, por C. Solsona.—Mosaico madrileño, por M. Osorio y Bernard.—Libros nuevos.

LA CLASE MEDIA ES LA TUTORA DEL PROLETARIADO

El socialismo culpa á la clase media de los males que afligen á los menesterosos. No se trata en el problema social de un conflicto entre el capital y el trabajo: del trabajo viven los que se dedican á las profesiones liberales. Se trata de un conflicto entre el capital y la mano de obra. Distan de resolver ese conflicto los asalariados. Lo resuelve precisamente la clase media, porque está no solo en posesión de las cosas materiales que seducen á los vanidosos, sino en la tranquila y fecunda posesión del pensamiento.

Ni los utopistas pueden suprimir la guerra, ni los higienistas el contagio, ni los socialistas el pauperismo. La guerra, el contagio, el pauperismo, las desdichas que brotan de la condición humana no se suprimen: se contienen, se aplazan, se rehuyen. ¿Qué se les ocurre á los socialistas para contener, aplazar ó rehuir los males que azotan á los pueblos? En las crisis revolucionarias escasean los hombres pensadores, y abundan los hombres osados cuya divisa es la divisa del verdugo: vivir para matar y matar para vivir.

Se acusa á la clase media de oponerse al paso de los obreros. Para los que formulan esta acusación la sociedad se compone de corazones de marfil sobre los que todo resbala. ¡No! Los problemas sociales se resuelven espontánea y lentamente por la virtud de los elementos humanos mucho más que por las teorías, porque el individuo desaparece como gota de agua entre olas de generaciones. Pero si acudimos á las ideas para la resolución de los problemas sociales, tendremos que agradecerlas ¿a quién?

A los que proclaman que la mano de obra es la mercancía de más difícil transporte, á los que recomiendan los consejos de arbitraje y los tribunales mistos, á los que fundan las cajas de socorro, á los que movilizan y abaratan los capitales, á los que proponen la concesión de servicios públicos para las sociedades de artesanos, á los que reforman la organización latina de la propiedad y la organización visigoda de la herencia en beneficio de los pobres, á los que implantan el sufragio universal en las naciones modernas, á los que con el seguro destruyen los azar es de la industria, y á los que levantan y extienden el crédito del trabajo hasta por encima de las fronteras y de los mares, ¡bellas teorías que no brotan ni pueden brotar de la mente de los obreros, ni de la de sus agitadores! Estos son políticos vulgares de los que no conocen sino la falsa libertad que se satisface con el ruido de las arengas ó con el apóstrofe de Leonor Tellez al rey Fernando: «No quiero una dote de oro, sino de venganza».

Hagamos justicia á la clase media. Ha dominado el mundo por el trabajo, la economía y la paciencia. El ahorro le ha servido de instrumento para la educación y la educación de instrumento para el ahorro. En los tiempos que corren es la clase media la tutora de los proletarios. Destruíd la clase media ó condenadla tan solo al ostracismo y se perderán entre las brumas de la ignorancia las conquistas del mundo civilizado.

ALBERTO BOSCH.

EL OCTAVO...

«No levantar falso testimonio ni mentir.»—dice con un laconismo duro y seco como un hachazo uno de los preceptos del decálogo.

Y nótese de paso la diferencia que existe entre la forma expositiva de las leyes divinas y la de las leyes humanas. Las primeras sobrias de palabras, claras, sencillas, terminantes, accesibles á la más vulgar y tarda comprensión; las segundas difusas, vagas, complicadas, elásticas y refractarias muchas veces aun á medianas inteligencias.

En diez líneas se encierra toda la

legislación divina; en diez vagones no podrían transportarse las leyes dictadas de medio siglo acá en España desde el Sinaí de la representación nacional.

Solo tienen de comun éstas con aquellas que se promulgan á veces entre relámpagos y truenos. Cuestión de ruido.

Volviendo á la mentira... (Sí, ya sé que me van ustedes á acusar de que infrinjo el octavo mandamiento de la retórica, ó que miento contra el estilo, ó que mal-digo del bien-decir empleando un gerundio en principio de párrafo; pero si me interrumpen ustedes en estas censuras *peccata minuta*, no llegaré nunca á hablar del pecado gordo, como me propongo, esto es, de la mentira.)

Por supuesto, que si antes de entrar en el fondo de esta materia, que no le tiene (dicho sea entre paréntesis), porque si tuviesen fondo los pecados mayúsculos, á cuya categoría pertenece la mentira, ya se habría cegado hace mil años á fuerza de arrojar en él espaldas y volquetes de culpas; digo que si quisiera obsequiar á mis lectores con una serenata de erudición, tomada á préstamo de personas que se han impuesto el trabajo de pensar y escribir sobre el asunto, tendríale yo para llenar de citas las veinte columnas de este *Suplemento* y llenar á la vez la medida de la paciencia de ustedes. Pero no entra esto en mi propósito...

Y ahora caigo en la cuenta de que empiezo á mentir antes de empezar este artículo, porque puedo jurar (y ahora sí que no miento) que desconozco por completo el propósito que me guía en este laberinto en que me voy metiendo.

Pero en fin, el título está escrito y fuerza es ir alineando bajo él renglones manuscritos que, reducidos luego á líneas impresas, ennegrecen (no digo manchen por un arranque de inmodestia) hasta tres columnas de esta hoja. ¡Tres columnas! Al pensar que las de Hércules no son más que dos, siento cierto cosquilleo de sánatica soberbia en la epidermis de mi amor propio.

La mentira no admite excusa, cualesquiera que sean el motivo y el fin que se proponga el mentiroso. Así lo creemos los que respetamos el dogma católico, y por lo mismo rechazamos los distingos de Voltaire, que solo considera vicio la mentira cuando hace daño y la califica hasta de meritoria virtud cuando hace bien.

Hay mentiras de muchas clases... Y conste que no me refiero á las clases de Universidades é Institutos, ni á las clases conservadoras, ni siquiera á las clases pasivas.

No se miente tan solo diciendo lo contrario de la verdad; se miente también ocultando una parte de ésta y, en muchas ocasiones, callándola.

Se miente asimismo por hábito y por rutina; se miente sin quererlo y sin saberlo, y de estas mentiras, que yo llamo *inconscientes*, está inundada la sociedad.

¿Qué otra cosa que mentiras rutinarias son esa infinidad de fórmulas y frases hechas, estereotipadas en el trato social y cuya aplicación, en muchos casos, si fuese premeditada, bastaría para expedir al que las emplea un pasaporte para el manicomio?

Siéntese gravemente ofendido un sujeto por otro; quiere provocarle, insultarle, escarnecerle; trémulo de ira, toma la pluma y empieza por apostrofar al ofensor de este modo: *Muy señor mío...*

Y aun está en lo posible que, después de tratar en la misma carta al señor suyo peor que á un indigno lacayo, termine el escrito en esta forma:

«... y por último, aunque le vieses á usted sumergido en el estanque del Retiro, batallando con las ansias de la muerte, no le arrojaría una cuerda para salvarle; y si algún día me alargase usted la mano para pedirme una limosna, le escupiría en ella su *afectísimo seguro servidor que su mano besa*», etc.

Estas y parecidas mentiras se dicen y se escriben todos los días, y aun siendo tan monstruosas, pasan como valores corrientes en los centros de contratación social.

Y, lo que es más grave, hasta en importantes documentos oficiales.

Porque puede darse muy bien el caso de que un general, sitiado una plaza, intente la rendición al jefe enemigo, á quien desea fusilar perentoriamente, por medio de un oficio que concluye deseándole larga vida, en esta forma: *Dios guarde á usted muchos años*.

Otro género de mentiras inecuentes nos suministra el otro género, quiero decir, el género femenino; mentiras

tanto más disculpables, cuanto que, por punto general, tienden á enmendar la plana á la naturaleza que, á fuer de señora anciana y temblona de pulso, suele escribir unas planas endemoniadas.

Suavizar asperezas, suplir deficiencias, llenar vacíos, redondear anfractuosidades, blanquear lo oscuro, oscurecer lo blanco... A esto se encaminan las mentiras á que me refiero.

¿Cómo censurar á la mujer porque mienta dientes de que carece y que tal vez se le cayeron á fuerza de decir verdades? ¿Cómo hacerla cargos porque mienta líneas curvas allí donde brotaban indiscretos ángulos ó se estendían desoladoras planicies? ¿Por qué impedirle que mienta juventud que ya pasó, cuando nadie ha de darse por ofendido ni tomar la mentira por lo serio? ¿Por qué, en fin, obligarle á renunciar á su más preciosa prerrogativa, que consiste en agrandar mintiendo?

Nada, queda convenido que tales mentirillas no merecen crítica ni censura de ninguna especie. Es más, ni aun paramos la atención en aquella otra mentira femenina, que si tal no fuera merecería la pública execración, y que estamos oyendo á todas horas:

—¿Y su esposo de usted, cómo está? —pregunta una amiga á la mujer de un guapo mozo.

—A disposición de usted—contesta la interpelada... ¿Cómo si eso pudiera ser!

He de citar también otra mentira, y esta es común de dos... (No lo tomen usted á mala parte; lo que quiero decir es que comprende á los dos sexos) la cual mentira consiste en el uso ó más bien ostentación de joyas y alhajas falsas. Pues aun en esta mentira, ya menos disculpable, que las otras, hay un fondo de verdad que atenúa su mal efecto: la persona que exhibe en su adorno esa hipocresía de riqueza, cuyo verdadero valor se conoce á cien leguas, vá diciendo á todo el mundo por boca de aquella llevaría falsa: «Si yo tuviese dinero, llevaría piedras preciosas en vez de piedra sillería».

Creo haber dicho más arriba que esta mentira era común á los dos sexos. Pues bien, lo he pensado mejor y rectifico diciendo que es común á sexo y medio; porque no me negarán ustedes que el individuo del sexo masculino que gusta de lucir pedrería falsa, no puede ser aquilatado por cualquier ensayador del mundo moral sino como medio-hombre.

Hombre completo en toda la extensión de la palabra es un amigo mío, cuyo nombre no quiero citar, que se precia, y con justicia, de no haber faltado en su vida á la verdad. Amantísimo padre de familia, modelo de esposos (á pesar de haber sido su esposa modelo de D. Pedro Madrazo cuando soltera), magistrado integérrimo, persona, en fin, honrada—con perdón de ustedes—á carta cabal, que primero consentiría, según él mismo dice, en ser diputado cuñero que en decir una mentira. Pues bien, ese hombre de tan rigida moral, que ya más que moral parece canueso—hablo por boca de su esposa,—empieza á mentir desde que sale á la calle y no lo deja hasta que vuelve á su casa. ¿Conciben ustedes semejante fenómeno (no me atrevo á decir psicológico porque no tengo seguridad de si se escribe esta palabra con *p* antes de la *s*)?

Pues aun se hace menos comprensible este fenómeno, que toca en los linderos de la teratología, si se tiene en cuenta que el personaje á que me refiero miente en el ejercicio de sus funciones como magistrado más descaradamente que en la calle. ¡Fíense ustedes de los hombres incapaces de mentir... cuando gastan peluca! Aquel pelo rubio que asoma por debajo del birrete es una impostura *capital*, y el propietario de aquellos que en su día fueron bienes raíces en el campo cabelludo del difunto, engaña hoy á los vivos simulando una riqueza capilar que no posee.

Menos censurable, pero aun más artera é hipócrita, que la mentira-peluca, es la mentira que llamaré *tinóbrea* por no saber que otro nombre darla; la mentira que consiste en teñirse de negro el pelo, la barba y las cejas cuando blanquean! Me parece tan inútil el procedimiento como el de aquel que intentase teñirse de blanco la conciencia cuando se ha ennegrecido. Ni esto podría engañar á Dios, ni aquello puede engañar á los hombres... y mucho menos á las mujeres, que entienden de química más que Lavoisier y Dumas.

De otras mentiras algo más pecaminosas no quiero hablar, porque no tendría para empezar con las tres columnas de que dispongo.

¿Dónde vamos á parar si llamáse-

mos á juicio de residencia á las mentirosas parlamentarias, por ejemplo? Además de que, este para mí es terreno vedado, y aunque no lo fuese, mis avios de caza no son apropiados para piezas mayores.

Tampoco hablaré de la mentira impresa, de la cual ha dicho Mad. Stael que es más repugnante que practica; pero tengo sí començon de protestar contra una de las más corridas—en el sentido de vulgarizadas, se entiende—y, justo es decirlo, de las más bellas. No hay escritor público contemporáneo, sobre todo, periodista, que haya dejado de citarla; y yo que me piro por pasar á la posteridad como uno de tantos, no quiero ser menos—Ahí vá:

Porque ese cielo azul que todos vemos Ni es cielo ni es azul ¡Lástima grande Que no sea verdad tanta belleza!

He dicho que iba simplemente á protestar—ó, si ustedes quieren, á protestar simplemente—contra esta que califico de *mentira escrita*; por lo tanto, no me meteré en dibujos ni trataré de demostrar, con el auxilio de la física, que es verdad y muy verdad tanta belleza, y que el poeta, al lamentarse de lo que él fingía mentira, no tuvo otro pensamiento que el de divertirse con nosotros echando al mundo esa paradoja.

Y si no, la cosa es muy sencilla: definanme ustedes lo que es *cielo* y lo que es *azul*, y veremos luego si es verdad ó mentira tanta belleza... Por algo dijo Lafontaine—y allá vá otro conato de erudición—que el verso y la mentira han sido siempre amigos inseparables.

Las mentiras conque nos engañamos á nosotros mismos, constituyen asimismo un grupo importantísimo y ni siquiera las consideramos como pecados veniales.

Al amigo que nos pregunta en la calle: «¿A dónde vas?» solemos contestarle: «A tomar café»; siendo así que lo que tomamos ni es café ni cosa que lo parezca.

Aun resulta más presuntuosa la mentira cuando decimos que vamos á tomar el sol. Y cuidado que, tomando por el serio esta frase, resultaríamos Prometeos casi todos los españoles... durante el invierno.

Hay quien afirma, como si le constase, que hizo un viaje de Madrid á la Coruña en tren de recreo.

Es muy común llamar *alumbrado* público al gas de Madrid en estado de ignición, y *vigilantes* á los guardias de orden público en estado de crisálida.

Mi vecino del entresuelo dice que tiene dos hijos *estudiantes*, siendo así que ni estudian antes ni después de las manifestaciones... ¿Y dónde me dejan ustedes á su mujer? No hablo de la mujer de los estudiantes si node la de mi vecino. Es sorda la pobre señora como un municipio á quien se pide policía urbana, y sin embargo, oye dos ó tres misas cada día.

Pero lo que más me irrita, es esto de las mentiras convencionales, es oír decir á D. X... el millonario: «yo, después de hacer la visita diaria de inspección á mi caballeriza, como un bozado y me voy á la Castellana».

Conozco otra variedad de la mentira que se diferencia de la mentira hablada, de la mentira escrita, de la mentira cantada y hasta de la mentira que pueden expresar, por medio del movimiento de los dedos, los sordomudos.

¿A que no caen ustedes en la cuenta?

Pues seguiré dando más señas de esa mentira-mito.

Es de una imperturbabilidad olímpica, más elocuente que la palabra, más aguda que un puñal, más ofensiva que la calumnia, más rápida que el rayo, más indigna, más traidora y más cobarde que una delación anónima...

¿Todavía no lo aciertan ustedes? Añadiré, para concluir, que la mentira de que voy hablando tiene, para quien la emplea, la garantía de la impunidad.

No se quiebren ustedes la cabeza para adivinar lo que están causados de saber.

Esa mentira está representada por un leve movimiento de hombros, por una ligera sonrisa, por una caída de párpados, por una imperceptible oscilación de cabeza, por una mirada de lástima, por un *psst!* y cuando más por una exclamación parecida á ésta: ¡*Hola!*

Si, señores; de uno de esos accidentes de la mímica depende en ocasiones la fama de un hombre de mérito, el buen nombre de un gobernante, la moralidad de un funcionario público, la dignidad de un esposo, la honra de una mujer, la paz de una familia.

Basta que en una reunión de personas más ó menos ligeras, pero decentes, se encuentre una que lo sea menos y á quien anime algún sentimiento de ódio, de despecho ó de envidia contra el hombre ó la mujer que sirve de asunto á la conversación general, para que produzca sus efectos la mentira muda.

—Es un excelente sujeto D. Fulano—dice uno.

—Ya lo creo—añade otro—y muy entendido.

—Y muy buen amigo.

—Y de una exquisita delicadeza, incapaz de dejarse corromper por halagos ni por dádivas.

—Pero aquí está nuestro amigo (señalando al sujeto de la mentira muda, que le ha tratado con intimidad y podrá decir á ustedes quién es D. Fulano...)

Todas las miradas se vuelven hácia el interpelado, como esperando su ratificación; pero él se contenta con pasear la vista por el corro y hacer un gesto que no dice nada, pero que provoca un movimiento de asombro entre los circunstantes. Desde aquel momento, la reputación de D. Fulano queda cuando menos, en tela de juicio.

Se habla de una distinguida dama, elogiando su belleza, su elegancia, su amable trato y su talento. Se envidia la suerte de su esposo, á quien ama muy de veras, á pesar de ser mucho menos jóven que ella, y por último, dice uno de los congregados:

—De esa nadie ha tenido que decir es una virtud salvaje.

—Y si no, que lo diga éste, que perdió el tiempo y tuvo que levantar el sitio. ¿No es verdad? Confésalo, hombre, que eso no humilla ni desdora.

El sujeto á quien se dirigen estas frases, se sonríe, pero calla.

—De modo—le acusa otro,—¿qué nada pudo usted lograr?

Y sigue callado el aludido, pero clavando una mirada medio inocente, medio maliciosa en su interlocutor, dá media vuelta, se aparta del grupo algunos pasos... ¡y aquí cayó la honra de una mujer!

Podría seguir hablando de otras cien clases de mentiras, pero en este mismo instante me dice Mariano—este Mariano es el regente de la imprenta, por si les hace á ustedes al caso la noticia—que he consumido, hasta con exceso, las tres columnas que se me habían asignado.

Hago, pues, punto final, y confieso que no lo siento, porque á fuerza de hablar de la mentira, me iba encariñando con ella.

Omito pedir á ustedes el consabido perdón por las tonterías contenidas en este artículo, porque no quiero pasar plaza de modesto; no haga el diablo que por casualidad haya entre mis lectores alguno tan erudito como yo y me aplique aquel aforismo de Chamfort: «La falsa modestia es la más decente de todas las mentiras.»

FERNANDO MARTIN REDONDO.

DOLORA

NUEVO ICARO.

Tras el fuego sagrado, de amor electrizado, subí una vez contigo al quinto cielo después por el hastio despeñado caí del mundo en la región del hielo.

CAMPOAMOR

En el álbum de una bellísima dama.

«Gloria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra» Este precepto se encierra en sagradas escrituras: Gloria por las hermosuras que supo pintar en vos, más lo que es en cuanto á nos de la paz que disfrutamos cuando tal portento vemos, hemos de dar cuenta á Dios.

JOSÉ JOVER.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Homicidio frustrado.—El día de Guy Fawkes.—Comercio de carne humana.—Guerra de productos.—Pudores ingleses.—Divorcio Parnell.—Conciertos orquesta y piano Breton.—Albeniz.—Doctor Koch.—Pánico en la Bolsa.—De Banco á Banco.

Dicen que todo se pega menos la hermosura, y en efecto, así es. Desde que en Francia han dado las mujeres en la gracia de tomarse la inatención

su mano, unas veces con motivo y otras sin él; pero nunca con razón para adoptar ese procedimiento, que para eso están los tribunales, y bien caros que cuestan, ha llegado hasta Londres el contagio, y las miss inglesas echan también su cuarto á espaldas, sirviéndose del arma nacional, el revólver, en vez del vitriolo.

Miss Riordan, una solterona de 35 años cumplidos, lánguida, pálida, ansiosa de casarse, y romántica hasta la médula, debió soñar que le había dado palabra de casamiento Mr. Haines, joven profesor de la Universidad de Oxford, que va á casarse en breve con una de las hijas del rector mister Bright.

Presentóse miss Riordan en Oxford, preguntó primero por su *soñado* novio, luego por la verdadera novia de Mr. Haines, y no logrando ver á ninguno de los dos, por el señor rector, el padre, con quien habló por fin, retirándose después.

Transcurridos unos minutos, volvió diciendo que tenía que decir dos palabras á Mr. Haines; pero éste, por fortuna suya, estaba ausente, y digo por fortuna, porque no debía estar animada de las mejores intenciones hacia él miss Riordan, cuando se entretuvo todo el tiempo que pasó esperando á Mr. Haines en su despacho en hacer algunos cuantos fotografías encontró.

Al regresar Mr. Haines le dijo el portero que deseaba verle una señora que le estaba esperando en su despacho; pero el profesor se negó á verla y encargó al portero que dijese á la señora que no podía recibirla.

Cumplió el portero religiosamente la orden y cuando se retiraba ya miss Riordan insistió en ver de nuevo al rector, asegurando que no se iría sin verle.

El altercado en alta voz llamó la atención del rector, que se presentó en el salón de recibida y allí miss Riordan, sin previo aviso, ni provocación, ni nada, le descerrajó al pobre rector dos tiros de revólver á quema ropa, atravesándole el vientre, entrando la bala por el lado izquierdo y saliendo por el derecho.

En la confusión que produjo el suceso, la autora del crimen logró escaparse, y no fué presa hasta dos días después.

Se obstinó al principio en negar, sosteniendo que era inocente y afirmando que había estado enferma en cama el día del crimen. Pero viéndose acorralada ante la firmeza de todos los testigos, que declararon reconocerla, confesó que su intención no fué la de asesinar al rector, ¡Pobrecita! Sin duda la inocente paloma creía inofensivas las balas lanzadas por medio de un revolver.

El tribunal especial (privilegio de la Universidad, que tiene uno para juzgar los delitos cometidos contra los individuos de la misma) la ha sentenciado á media docena de años de trabajos forzados sin más compensación que la de enriquecer la exposición de las figuras de cera de Mad. Tassaud en la sala reservada de los horrores, con su busto.

El herido sigue mejorando, pues las heridas no son mortales: si no dicho se está que si el rector hubiera muerto, ni la Paz y Caridad hubiera salvado á la miss de ser ahorcada.

Una costumbre, llamada á desaparecer, pero que merece ser descrita y de que nadie que ha vivido en Inglaterra ha podido dejar de oír hablar, es la de celebrar con una especie de mascarada el día de *Guy Fawkes*.

Hé aquí la historia en pocas palabras:

Jáime I, sucesor de la reina Doña Juana, hacía dos años que ocupaba el trono. Su gobierno, como es sabido, desplegó gran severidad contra los católicos, no solo negándoles tolerancia religiosa, sino confiscándoles los bienes.

Aun cuando lo proyectado no fué... muy católico, es lo cierto que unos católicos fanáticos, desesperados de verse arruinados por la confiscación, determinaron tramitar conspiración horrenda que pudiera de un solo golpe vengarlos del rey, del gobierno, de la corte y de los más altos dignatarios de la nación, pares y miembros del Parlamento.

Para que el propósito estuviera á punto de realizarse, ¡Volar el Parlamento!

El número de los conspiradores fué cinco, siendo el autor de la idea Catesby y Guy Fawkes, un aventurero de extraordinario valor, el encargado de la ejecución.

Alquilaban para realizar lo proyectado, una casa con jardín contiguo al Parlamento, y comenzaron sus trabajos de mina durmiendo unos mientras velaban los otros y quemando durante el día los escombros que habían hecho durante la noche. Un día les alarmó un ruido que oyeron después que con impropio trabajo habían oradado una pared de tres yardas de espesor. *Guy Fawkes* logró enterarse de que provenía el ruido de una cueva que iba á quedar desahogada y que estaba situada precisamente debajo del salón de sesiones del Parlamento. Inmediatamente la alquilaron y la llenaron de barriles de pólvora, cubriendo estos de

piedras y tarros de madera, con el doble propósito de ocultar los barriles y que fueran proyectiles destructores, que al inflamarse la pólvora produjeran el incendio y la desolación.

Se les acabó el dinero y buscaron dos nuevos cómplices; pero no fueron estos tan fanáticos como los demás. Dieron, sin embargo, las 2000 libras necesarias para fletar el buque en que habían de huir á Flandes, embarcándose en el Támesis.

El plan de la conspiración era volar el Parlamento el día 5 de noviembre, en que debía éste reunirse, con asistencia del rey, la corte, el gobierno y todos los altos dignatarios.

Guy Fawkes era el encargado de prender fuego á la mecha; pero como deseaban salvar á los pares católicos, idearon enviarles un aviso la mañana misma en que había de tener lugar la catástrofe.

Debió haber entre los conjurados un Judas, porque lord Montague dió parte al rey de lo tramado, y por orden del monarca, ya casi entrada la noche del 4, acompañado del lord chambelán, registró el Parlamento, y al entrar como por equivocación en la cueva en que estaba Guy Fawkes, le dijo: *Me parece que hay aglomerado ahí demasiado fuego*, lo cual probaba que estaba descubierta la conspiración.

Guy Fawkes, sin embargo, no quiso darse por vencido y huir, y fué preso al salir de la cueva en la madrugada del día 5, vestido de viaje. Le registraron y le encontraron encima tres fósforos, y en la cueva una linterna sorda y 36 barriles de pólvora!

Preso y sometido al tormento, confesó su delito, pero se negó á denunciar á sus cómplices.

El recuerdo de esta conspiración, corregida y aumentada por el pueblo, ha sobrevivido en Inglaterra, y el nombre de Guy Fawkes es, sin disputa, el más odiado á los ojos de todo inglés.

Todos los años, pues, el 5 de noviembre se celebra á guisa de aniversario, para que el hecho no se borre de la mente del pueblo, y sale por las calles una especie de mascarada, en que los chiquillos, con la cara tiznada de negro, pasean una carretilla en que va sentado un gran muñeco, relleno de paja. Va la comitiva de pillastres deteniéndose en las puertas de las casas y cantando coplas á cambio de unos cuartos.

La broma dura todo el día, hasta la noche, en que se queman fuegos artificiales por los mismos pilluelos; y, por último, se hace un auto de fé del muñeco que representa á Guy Fawkes.

La costumbre va decayendo tanto, que quizá sea este el último año que tenga lugar, porque la prensa ha atacado con gran violencia el que hayan paseado en algunos barrios, en vez del muñeco, un cochecito de niño tapado con una manta, mascarada de muy mal gusto, por referirse al horrendo asesinato de la infeliz Mrs. Hoges y su hija de diez y ocho meses, llevadas en el coche de la niña asesinada por la autora del crimen.

Así como á nadie le ha ocurrido, hasta ahora, la supresión de las navajas de afeitar por temor al mal uso que de ellas pudiera hacerse, así tampoco le ha podido pasar á nadie por la tela del juicio suprimir las compañías de seguros porque pueden convertirse en la más repugnante de las especulaciones.

Un hecho increíble y que los tribunales van á poner en claro, acaba de ser denunciado al Parlamento por el secretario de la *Sociedad protectora de la infancia, de Londres*. La Cámara de los Lores tiene ya á estas fechas noticia del asunto.

Afirma el secretario de la citada sociedad que *mueren anualmente en Inglaterra más de cuatro mil niños*, cuyos padres los aseguran en las compañías con el objeto de cobrar el importe del seguro después de la muerte de los niños asegurados, á quienes sus padres dejan morir de inanición!

Comerciar con la vida de sus hijos cuatro mil padres sería el colmo de la barbarie, y de esperar es que el hecho se esclarezca y se desmienta para honra de la humanidad y del pueblo inglés en especialidad.

¡Lo que cambian los tiempos! Allí, cuando Napoleón III estaba en el trono de Francia y el padre del actual rey de Italia era rey de Cerdeña, la amistad de italianos y franceses rayaba en frenesí. Juntos entraban en batalla sardos y franceses; juntos fueron á Crimea; juntos pelearon en Solferino...

Hoy, como prueba de la tirantez de relaciones que reina entre ambos países, solo podemos citar el hecho recientemente acaecido con motivo del banquete dado al Sr. Crispi cuando éste pronunció su famoso discurso último, tan anunciado por la prensa.

Este hecho significativo consiste en no haberse bebido en ese banquete más que vinos italianos, con exclusión no solo del Burdeos sino hasta del Champagne, que se ha sustituido por Asti espumoso.

Esta guerra de productos, si se generaliza entre las naciones va á pro-

ducir el mayor de los aburrimientos sobre todo en este país, el día en que no se pudiera beber más que la cerveza nacional con exclusión de la Alemana, hoy tan en boga en Londres.

Afortunadamente estas cosas se hacen por excepción, y de seguro el señor Crispi bebe Champagne... á hurtadillas, cuando no está delante de sus parciales.

¡Eso sí! Para pudor.... Londres. Aparte de unos cuantos procesos que todos los meses aparecen en los periódicos y de que la calle del Regente desde las ocho de la noche da quince y falta á los boulevares de París, si ustedes desean saber cuál es el pueblo más pudibundo de la tierra, vénganse á Londres. Ejemplo al canto.

En el pasado mes de octubre, el día 23, de spues de haber recorrido el mundo con su colección de cuadros debidos al pintor francés Julio Garnier, el que exhibe la colección de éstos (que están tomados de las obras de Rabelais) creyó que podría venir á Londres como había estado en Viena, Berlín y París.

Hasta primeros de noviembre la cosa fué á pedir de boca. El público afuía al salón de Pall Mall y caían chelines que era un portento.

Mientras era el público de ambos sexos el que iba, no ocurrió el menor tropiezo; pero á primeros de noviembre el secretario de la pudibunda Asociación de vigilancia para impedir toda obscenidad, entró en el salón, vió los cuadros y... ¡horror! encontró que los cuadros eran... ¡obscenos!

Con esa flemma británica de que todo inglés en funciones está dotado, nuestro secretario, digo mal, es el de la Sociedad, se fué al juez en el mismo día y volvió provisto de su correspondiente auto para proceder á incautarse del cuerpo del delito, que eran los cuadros *expuestos*. ¡No sabían ellos los expuestos á qué!

Fué llevado el asunto al tribunal y el juez, convencido de que son obscenos... ¡ha dispuesto su destrucción!

Si se tratase de cuadros que lo fueran, santo y muy bueno, aun cuando mejor hubiera sido no permitir que los exhibieran al público, pero ¿qué obscenidad puede haber en los cuadros que no la haya en las ilustraciones de Rabelais?

La sentencia ha parecido tan severa, el perjuicio sería tan enorme, que á 250 mil francos ¡diez mil libras! hacen subir el importe de la indemnización que se va á exigir por la vía diplomática.

Se cree, sin embargo, que llegará á arreglarse todo con una multa.

Este caso me trae á la imaginación un hecho que presencié una vez.

Se trataba de un padre cuyo pudor se sublevaba ante la infamia del seductor de su hija, á quien pintaba con los más negros colores.

—Ese que veis ahí sentado en el banquillo de los acusados, es un infame, mal caballero, vil seductor, á quien denuncio al desprecio de sus semejantes, por ser indigno hasta de que con él se cruce saludo. Y como además de esto es rico y yo no soy, ni mi hija la seducida tampoco, vengo á pedir al tribunal que le condene al pago de mil libras de indemnización.

El acusado, por toda respuesta á las acusaciones del padre, dijo:

—Reconozco que mi conducta es censurable, y como soy rico y la querellante es pobre, estoy dispuesto á abonar la indemnización que se acaba de pedir por el padre de la seducida y...

El padre no le dejó acabar, dió un salto desde su asiento y se dirigió rápidamente al banquillo donde estaba el acusado, que al verle venir con el brazo levantado, y como impulsado por un resorte, creyó que iba á descargar sobre él una tremenda bofetada.

Pero no sin alguna sorpresa vió que la cara del padre no tenía nada de amenazadora. Cogió la mano del seductor y estrechándosela con efusión, le dijo:

—Es usted todo un caballero, un perfecto *gentleman*. Aquí está mi mano. Es usted un hombre honrado que sabe volver por su honor...

El de su hija, por lo visto no valía más de las dos pesetas de Sancho y Mendrugó; pero la conformidad del padre no tiene precio.

Ha tenido lugar el concierto de piano y orquesta, dirigida ésta por el maestro Breton y tocado aquel por el pianista Sr. Albeniz.

Este concierto ha sido de los que aquí se llaman de propaganda, en que no se trata de que el público se forme de aluvión, sino que se reuma un público escogido á quien se somete una novedad.

Lo era y grande el deseo de hacer oír en Londres la música de compositores españoles, enteramente desconocida; pero para conseguir implantarla aquí es necesario mucho tiempo, muchos sacrificios y que el público acabe por tomarle el gusto al género.

Sucede en esto lo que en muchas cosas en el mundo, y es que son tantos y tales los intereses encontrados, que es necesario una verdadera bata-

lla campal para lo más insignificante.

No se trata ya de saber si el pianista tal ó cual toca mejor ó peor, porque este público oye desde Rubinstein, que es un astro, hasta el más humilde de los satélites, y esta consideración de que se les adjudican, sino el público, que no hay satélite en el arte que no se considere astro, negando, por de contado, esta categoría al que lo es.

El esfuerzo tendía á implantar un género nuevo de conciertos, de noche, como los populares de Rícher.

Para ello es necesario una orquesta excelente, unos programas escogidos, una interpretación esmeradísima de las obras, y la falta de cualquiera de estas condiciones es capaz de impedir el buen éxito.

Deseoso el Sr. Albeniz de dar á conocer en una sola noche demasiada música, ofreció un programa sumamente largo, para el que eran necesarias cuatro horas, cuando el público inglés no agnanta más que dos.

Tiene este sistema la contra de predispaner mal al público, que comprende no va á oír más que la mitad de lo que van á dar, quita el que puedan repetir piezas ó dar otras nuevas.

Además, la tensión necesaria para oír música de cierta clase, produce cansancio, y, en una palabra, un programa que no sea acertadísimo, puede por sí solo producir un fracaso.

La noche última no había posibilidad de que lo hubiera, porque se trataba, no de un artista que iba á debutar, sino de un pianista conocido ya en Londres.

Sin embargo, debemos hacer observar que el Sr. Albeniz, que hasta ahora había pertenecido á la escuela de los pianistas que sacrifican la expresión á la ejecución, ha cambiado completamente de estilo, y bajo este punto de vista puede decirse que debutó la noche pasada.

En cuanto al Sr. Breton, ha merecido elogios de la prensa.

La sinfonía en *ré bemol* del señor Breton ha sido juzgada por la prensa musical como de notable fuerza, llena de motivos episódicos ingeniosos y muchos temas elocuentes y melodiosos.

La música del Sr. Chapi, de que el público pidió se repitiera la tercera parte—la *Serenata*,—no ha merecido tan lisonjera aceptación de los críticos.

En esto de la música, yo, que soy profano, he visto que muchas veces le gusta al público lo que le disgusta al crítico, y vice-versa, lo cual me produce á mi cierto empacho de hablar por temor de decir algún desatino.

Me cito, pues, á referir, sin meterme á criticar. Y en mi papel de cronista, diré que estuvo el elemento oficial de la colonia española, el embajador y los secretarios, el cónsul y la delegación de Hacienda.

La prensa ha elogiado mucho á los Sres. Breton y Albeniz, no tanto á la orquesta; pero todo es empezar.

El segundo concierto tendrá lugar el 21, y como en él podrán desplegarse todas las facultades, esperamos tener el gusto de hablar de un éxito superior al del primer concierto.

Parnell, el severo Caton de Irlanda, el jefe de los *home rulers*, ha descendido de su pedestal por haberse hecho acreedor, como uno de tantos mortales, á comparecer en el banquillo de los acusados, aun cuando ha preferido hacerse condenar en rebeldía.

El incorruptible *leader* irlandés también delinque contra los preceptos evangélicos, haciendo algo más que codiciar la mujer de su prójimo, según acaba de evidenciar el proceso.

Otro delito ha cometido Parnell, que podríamos calificar de usurpación de estado civil, puesto que al presentarse en algunas de las casas en que ha permanecido con la señora O'Shea, lo hacía llamándose el marido de esta, esto es, el capitán O'Shea, lo cual ha dado lugar al cómico incidente de que al presentar la fotografía del verdadero; los testigos hayan dicho que no era aquel el O'Shea que ellos conocían, sino el del retrato de Parnell.

Evidentemente la modernísima escuela de lady Danlo es muy superior á la antigua.

Primera sorpresa que ha quitado gran interés al proceso. Ni Parnell ni la señora O'Shea se han defendido: es más, ni aun se han presentado.

Han obrado cuerdamente, porque el escándalo de las declaraciones hubiera sido mayor y el resultado el mismo.

Para dar una idea de las declaraciones, extractaremos las más interesantes.

Primer testigo.—Desde 1880 á 1882 ha sido criada del capitán O'Shea, en Eltham, que vivía en la casa. El señor Parnell fué de visita dos ó tres días, y después, en mayo de 1881, fueron á vivir á Brighton, y cuando regresaron á Eltham, Parnell volvió á visitarlos y permaneció en la casa en una habitación destinada á los amigos. El Sr. Parnell se marchaba por la mañana y no regresaba hasta después de terminada la sesión (1).

—¿Sabed usted si la puerta de la

sala ha estado alguna vez cerrada con llave?

—Sí, señor. La señora decía que trataba cuestiones de una sociedad secreta, y por lo tanto era necesario tener la puerta cerrada. (*Risas*.)

—¿Sabe usted si permanecían encerrados su señora de usted y el Sr. Parnell?

—Sí, señor. —¿Cuando volvía el Sr. Parnell del Parlamento, le esperaba en la sala su señora de usted?

—No, señor, se retiraba á su habitación y allí veía al Sr. Parnell.

—¿Qué le tenía á usted dicho que dijera si venía alguien á preguntar por él cuando el Sr. Parnell estuviera en la casa?

—Que dijera que no estaba.

Otra criada dijo.—En 1885 era yo doncella de la casa. Todo el tiempo que permanecí en ella fué de visita el Sr. Parnell. A espaldas de la casa tenía mi señora una habitación, que usó constantemente el Sr. Parnell. Cuando estaban en el cuarto cerraban siempre la puerta con llave. Vine una ó dos veces á avisar que habían venido visitas.

—¿Y qué ocurrió?

—Que yo llamé porque estaba cerrada con llave la puerta. Mi señora y el Sr. Parnell salían juntos casi todos los días y volvían bastante tarde de noche. La visitó cuando vivíamos en Brighton.

Otro testigo.—Yo entré á servir en casa de la señora en la primavera de 1885 y permanecí hasta fines de 1888 en calidad de cochero. En la casa había cuartos y cochera, que después se trasladaron á otra parte. En ellas había tres caballos, *Deilador, Presidente y Home Ruler*. Una noche, yendo á buscar á la estación al Sr. Parnell, choqué con un carro de flores. Era las doce y media. Me mandaron trasladar los caballos.

—Estuvo usted en Eastbourne después del accidente?

—Sí, señor, donde vivía el Sr. Parnell.

—¿Vió usted allí alguna vez al capitán O'Shea.

—Nunca.

—¿Qué caballo montaba el señor Parnell?

—El *Presidente*.

—¿Vió usted pasear por Eastbourne al Sr. Parnell con la señora O'Shea?

—Sí, señor. Permanecimos allí cerca de un mes.

Otro testigo.—He sido paje en casa de la señora O'Shea, cuando estuvimos en Eastbourne. Estuvimos diecinueve semanas.

—¿Dormía en la casa el Sr. Parnell?

—Sí, señor, siempre. Iba y venía.

—¿A qué hora volvía por la noche?

—A eso de las cuatro de la mañana. Durante todo el tiempo que él no venía la señora estaba ausente.

—¿Volvieron juntos alguna vez?

—No puedo decirlo. Me acuerdo que me dió la señora un telegrama en un sobre, diciéndome que fuera á Brighton y lo enviase; pero no sé á quién iba dirigido.

Acerca del alquiler de la casa en Eastbourne.

Testigo.—Yo vivo en St. Joans Roads en Eastbourne. Soy arquitecto; en mayo de 1886 un caballero vino á ver la casa núm. 2, y después volvió con una señora y la vió también. Entonces no conocía yo al caballero. Ambos examinaron la casa y ajustamos el precio en diez guineas por semana, por espacio de ocho semanas. Redacté el contrato de alquiler y la señora lo firmó.

—¿Con qué nombre?

—Con el de Katia O'Shea. Pagó en cheque y ocuparon la casa diecinueve semanas.

—¿Conocía usted quiénes eran?

—He comprendido que fué el señor Parnell, dos jóvenes y varias criadas. *Cochero de Eastbourne*.—Soy propietario de un *cab* en Eastbourne. Recuerdo cuando el Sr. Parnell vivía en Londres. Le conozco perfectamente; ha usado mi *cab* con suma frecuencia. He llevado muchas veces á la estación á él y á la señora O'Shea.

—En junio de 1886, ¿los llevó usted á la estación?

—Sí, señor.

El Jurado entiende haberse probado que ha tenido lugar el adulterio y accede á la petición del marido, condenando al adúltero al pago de las costas y entregando el hijo al padre para que lo eduque, como pide el tribunal, además del divorcio.

El triunfo del partido conservador y el disgusto que entre los liberales ha causado el proceso, es grande.

Parnell es la segunda víctima de la severidad de costumbres británicas.

Dilke, fué el primero.

Veremos el resultado final de este asunto llamado á tener gran resonancia.

Si resulta cierto el hecho de que el doctor Koch ha descubierto el remedio contra la tisis, y además es también cierto que la inoculación del remedio solo hace efecto en los atacados de tuberculosis, sería notable lo ocurrido con el doctor mismo.

Parece que éste se inoculó para probar que no le producía efecto la inocu-

lacion, por creerse libre de toda infeccion; pero, segun se ha dicho, a las seis horas de inoculado ha sentido los sintomas de malestar y vomitos que son consiguientes en los pacientes.

El descubridor del remedio de la tisis, al hacer a la humanidad un inmenso bien, se lo habria hecho a si propio salvandose la vida.

Aquí todos los dias consagran los periodicos una columna de telegramas que envian de Berlin al asunto de la curacion de la tisis. Hay una verdadera crisis por efecto de haberse agotado la cantidad de liquido hecho por el doctor, que no puede dar a basto a los multiples pedidos que se le han hecho de todas partes.

En toda la semana proxima debe quedar resuelta la cuestion y entrar en normalidad este asunto, que hoy absorbe la atencion del mundo entero.

Quisiera decir algo antes de concluir mi carta acerca de los siniestros de mar y tierra que han tenido lugar, dando detalles dignos de ser conocidos del publico, puesto que los hechos en globo ya los participa el telegrafo; pero me falta espacio y tengo que dar noticia de otro acontecimiento que ha preocupado los animos, tan dolorosamente, que por espacio de una semana ha reinado un verdadero panico en la City.

La cosa no era para menos. La respetabilisima casa de Baring hermanos se veia en dificultades para atender al pago de sus letras, pues nada menos que a 21 millones de libras ascendian estas, y aun cuando contaba la casa con valores muy por encima del doble de esta cantidad, no habia casa que pudiera operar el descuento, más que el Banco de Inglaterra, en union con los demás bancos.

Dando estos una prueba más de patriotismo y buen sentido ha hecho el descuento. El de Inglaterra ha hecho una operacion con el de Francia y ha traído de Paris tres millones de libras, de que hoy ha llegado el último millón.

La crisis está conjurada y el publico empieza a respirar, porque se ha estado ahogando con tanto siniestro de todo genero como han ocurrido en la semana última.

B. DE OYA.

Londres, 17 de noviembre de 1890.

DESDE EL BOULEVARD

El mundo civilizado sigue con los ojos fijos en el doctor Koch de Berlin.

Por encima de todos los acontecimientos la actualidad sigue siendo el doctor alemán y su descubrimiento.

Ya en mi anterior crónica he podido adelantar algunas noticias sobre este acontecimiento científico, el más considerable quizás del presente siglo, que tantas maravillas legará a la humanidad.

Poco tengo hoy que añadir a esas noticias.

La comunicacion del doctor Koch a la Gaceta medica de Berlin, consignada en términos modestos, pero en los cuales se revela una probidad científica indiscutible, los primeros resultados obtenidos.

Estos revisten una importancia que viene a confirmar las esperanzas concebidas.

La tuberculosis local que pudieramos llamar externa, se cura seguramente con el remedio descubierto por Koch, cuya composicion no ha creído todavía el sabio alemán llegado el momento de dar a conocer publicamente.

En su informe deja tambien entrever el ilustre médico la posibilidad de curar la tisis tuberculosa del pulmon, pero en sus comienzos, puesto que el remedio no destruye el bacilo de la tisis sino que detiene sus progresos destruyendo los tejidos enfermos que favorecen su desarrollo y le dan vida.

En su guerra al microbio, el doctor Koch no le dá muerte sino que le asedia en sus posiciones, cortándole los viveres, sitiándole por hambre.

Los tísicos cuyos pulmones hayan sido casi destruidos no se curarán, porque el remedio de Koch no llega (que sería llegar a lo imposible) a rehacer los pulmones que el microbio ha deshecho. Pero esos millares de enfermos podran vivir largos años todavía, el tratamiento por las inyecciones hipodérmicas del liquido descubierto por Koch detendrá los progresos destructores de la enfermedad y en muchos casos el auxilio de la cirugía completará la curación.

El individuo así salvado no será un hombre robusto que pueda dar carreras como un Bargini o cantar una ópera con tanta voz como un Gayarre, pero no verá sus dias contados.

Vivirá con cierta pobreza de respiracion, faltarán recursos en sus pulmones medio destruidos.

Vale más vivir sin gran desahogo que morir ahogado.

Además el doctor Koch nos dá con su remedio la seguridad de curar al tísico en los comienzos de la enfermedad con la incomparable ventaja de que su mismo remedio es la piedra de toque más fiel para conocer si el enfer-

mo está atacado de tisis y lo avanzado de los progresos de la enfermedad.

Cuanto más grandes son los estragos que el microbio ha hecho en los pulmones, tanto más sensible se muestra el enfermo a las inyecciones del remedio.

Podemos, pues, respirar tranquilos. Y a la menor dificultad que sintamos para satisfacer esa primera necesidad de la vida, bastará que nuestro médico nos inocule para saber si estamos ó no sanos, si somos hombres de pecho fuerte, y para curarnos si el bacilo nos roe el pulmon.

Los recelos de que el doctor Koch y Alemania guardasen para si el secreto y la explotacion del descubrimiento se han desvanecido. Sabemos ya que el eminente sabio hará conocer publicamente la composicion del liquido antituberculoso cuando sus experiencias hayan terminado y pueda afirmar hasta donde llegan sus beneficiosos efectos. Hasta se le atribuye la intencion de recorrer las principales capitales para enseñar a los médicos su metodo de curacion y el procedimiento de curacion del liquido curativo.

El gobierno alemán por su parte se propone recompensar y ayudar los nuevos estudios de Koch con una dotacion de un millon de marcos (cinco millones de reales) y emplear igual cantidad en la fundacion de una clinica de tuberculosos dirigida por Koch.

La modestia de Koch, que ha adelantado la publicacion de sus primeras experiencias, obligado solamente por el ruido que algunas indiscreciones habian levantado en el mundo entero, pues esperaba terminarlas antes de afirmar nada, y por otro lado su generosidad y desprendimiento entregando al mundo científico el secreto de sus estudios han realizado otra curacion importante: la del desprecio que dejaban traslucir algunos otros países, no muy amigos del que tiene la gloria de contar entre sus hijos al Dr. Koch, al poner en duda el alcance del descubrimiento ó tratar de amermar su importancia descubriendo a su vez géneros ignorados que curaban la tisis antes que Koch.

Tengo a la vista el retrato de este hombre, que hoy es, con justicia, el más popular del mundo y algunos datos biográficos que considero de actualidad preferente.

Roberto Koch es joven, no ha cumplido aun los 50 años. Nació en Clausthal el 11 de diciembre de 1843.

Hizo sus estudios en la Universidad de Goettingue hasta tomar el grado de doctor y completó su instruccion en el hospital de Hamburgo.

De allí pasó a establecerse como médico titular en Langenhagen, aldea del antiguo reino de Hannover.

Se comprenderá los sacrificios enormes, las inmensas fatigas que en medio de la penosa vida de médico de pueblo, obligado a hacer grandes caminatas a caballo para visitar los enfermos de las aldeas vecinas, y de la penuria que es compañera inseparable de tal posicion, habrá tenido que hacer Koch al principio de su carrera para dedicarse a los estudios micrográficos, que exigen material costosísimo y trabajo atento y continuo.

Además de estos obstáculos, Koch era pobre y tenia que atender a su familia, pues su padre era un modesto empleado, cuyos emolumentos no permitian ahorrar nada.

De Langenhagen se trasladó a Rackwitz, en Posen, y algunos años más tarde era médico militar, físico, en Wollstein.

Koch ha aprovechado, siendo más joven que ellos, los estudios micrográficos de Pasteur y de Davaine, primero que demostró la existencia de un bacilo en el virus del carbunco; los de Weigert y de Ghzlich, que tuvieron la singular idea de dar color a los microbios; los de Bary, de Klebs, de Colm, de Pouchet, y en esta obra colectiva de la ciencia moderna, Koch descubrió el bacilo de la tisis y fué al Ganges a buscar el del cólera.

Estando en Wollstein publicó su primera obra sobre las enfermedades infecciosas resultantes de las heridas, que le valió su entrada en el Instituto sanitario de Berlin.

Al valor de su viaje a Egipto trayendo el bacillus virgula era ya populárrimo en Alemania, y a pesar de que algunos sabios enemigos de la escuela bacteriológica protestaron contra su descubrimiento, el Reichstag prusiano votó una recompensa nacional para el Dr. Koch y los que con él habian expuesto la vida en las orillas del Ganges y del Nilo.

En 1885, la envidia, de cuyos ataques ningún hombre superior se libra en este picaro mundo, atizó la furia de los sabios oficiales cuando se trató de proveer la cátedra de higiene de la Universidad de Berlin, cátedra para la cual el ministro Gossler nombró a Roberto Koch.

Nada en el exterior de Koch nos haria adivinar un sabio.

No es calvo, las líneas de su cara son regulares, la barba bien cortada y cuidada, solo los anteojos dan en el retrato que tenemos delante algún aspecto de sabiduría y parecido con esa imagen ideal, y aun material, que los

sabios un poco a la antigua han gravado en nuestra imaginacion desde la niñez.

La nariz es un poco corta, la frente alta y cuadrada y estos son los únicos signos que en su cara marcan una poderosa energía intelectual.

Tal nos aparece, segun los documentos reunidos un poco atropelladamente el hombre a quien probablemente deberá la humanidad el mayor beneficio que de hombre alguno haya recibido en este siglo.

Dicen que Koch se ha inoculado su remedio y que ha sido sensible a sus efectos, lo cual probaria que el doctor alemán es tuberculoso en primer grado.

Pareceria imposible que pecho que alberga tales alientos científicos no sea robusto y fuerte.

Verdad es que en el mundo científico se encuentran de estas anomalías. Edison, inventor del fonógrafo y del micrófono, es sordo.

Eyraud y Gabriela Bompard, que no deben sentir la cabeza muy segura sobre sus hombros, deberán a la exagerada diligencia de un reporter el ostentar, durante un mes todavía tan preciado adorno.

En esta fiebre de actualidad y de adelantar noticias que domina al periodismo moderno, ocurriosele a un reporter del Matin una idea verdaderamente fin de siglo.

Mientras los demás periodicos, a la proximidad de la vista de esta célebre causa, se entretenian en discutir el informe de los médicos sobre la responsabilidad criminal de Gabriela Bompard, pensó ese fénix de los noticieros en llegar a un verdadero colmo de informacion.

Dar a sus lectores, quince dias antes de empezar la vista, el veredicto del jurado.

Para lo cual, con la lista de los jurados—entre los cuales habia de decidir la suerte los doce encargados de decidir si se debe ó no cortar la cabeza a la poco interesante pareja,—tomó un coche y fué, casa por casa, interrogando diestramente a cada uno de ellos y recogiendo sus impresiones sobre la causa que iban a ser llamados a juzgar.

Jurado hubo que estuvo a punto de echar al noticiero por las escaleras abajo; pero, en cambio, otros le abrieron su pecho, y a la mañana siguiente Le Matin ofrecia a sus lectores en un pintoresco articulo, las impresiones de las dos terceras partes de los jurados que aguardaban el sorteo para saber si serian jueces ó se quedarían en casa.

Como la ley previene que la defensa ó la acusacion tienen derecho a recusar los jurados cuya imparcialidad les parezca dudosa antes de comenzar la vista, la publicidad de las opiniones parciales de casi todos los jurados constituia un motivo previo de casacion.

Y escusado es decir la polvareda que este asunto ha levantado en Paris.

La Audiencia ha resuelto la cuestion de plano, aplazando para la próxima sesion del Tribunal de Assises la vista del proceso Eyraud-Bompard, pues para entonces los jurados serán otros, y es de esperar que, con la experiencia que les dá el caso, sean mudos como peces hasta que les toque hablar en el juicio.

El reporter de Le Matin ha sido procesado.

No falta quien extraña que no lo hayan sido los jurados, excesiva y prematuramente locuaces.

Eyraud ha recibido la noticia del aplazamiento con júbilo, pues dice que así completará mejor la Memoria que para su defensa está redactando y se propone leer en la audiencia. Y se ha reído mucho de los jurados.

Gabriela se ha entristecido, porque teme que el vestido, que se propone lucir al presentarse ante el tribunal, se ponga viejo y pasado de moda. ¡Angelito!

Hoy, dia de Santa Isabel, toda la colonia española de Paris y muchas personas distinguidas de la sociedad francesa han ido a dejar sus tarjetas en el Palacio de Castilla.

RICARDO BLASCO.

Paris, 15 noviembre 1890.

DESDE MI NIDO

LA JUVENTUD DE UN ANCIANO

I.

Al mudarme de nuevo a un lindo albergue circundado de luz y de bonanza, con pájaros y flores por adorno y libros y retratos por alhajas,

Parece que revive mi existencia, que los espacios del sentir se agrandan, y que las nieblas del dolor se ocultan vencidas por el soplo de las auras.

Vendrá el otoño de primor cuajado, entre celajes de zafiro y nácar, y las sonrisas del amante cielo conyugarán mi pecho a la esperanza;

Vendrá el invierno desolado y triste,

y yo en coloquios con mi suerte varia, aguardaré que el sol, padre del dia, temple el rigor del fiero Guadarrama

Y al arrullo de alegres primaveras y estios en el mar ó en las montañas, olvidaré del hombre la injusticia, y olvidaré el ingratitud amarga:

Coronando este cuadro de consuelo la Virgen pura de Murillo gala, que le dice al poeta en su retiro: «Dáme tu ardiente fé, deira y canta;

Canta, que el bardo a imitacion del ave, con sonidos de amor la vida engaña; juntos al orbe de placer lo inundan, y en un mismo volcan tiernos se abrasan.»

«Sal de tu nido, soñador creyente, del bosque humano ruseñor con alma, remonta al éter de la lira el vuelo y cautiva al señor con tus plegarias.»

II.

En el famoso San Francisco el Grande, preciosa maravilla restaurada, oíré misa en su altar, enagenado con los frescos divinos que lo ensalzan;

Luego en el Parlamento dó se forja el bien de la nacion con leyes sábias, a Castelar, la flor de los tribunos, lo escucharé cual rey de la palabra.

El Casino, magnífico y solemne, en su nueva mansion de filigrana, muestra valiosa del ardaiz progreso que cuanto mira y toca lo ajiganta,

Tambien sociable distraerá mis años en esas horas de silencio y calma, en que la eterna juventud del vate pide a gritos solaz para sus ansias.

El Teatro Real, grandioso y bello do Verdi asombra cuando Otello brama, al brindarme banquetes de armonias, me hará gustar el nectar de las hadas

Tertulias, Academias y Ateneos, en esas noches que jamás se acaban, alumbrarán con fúlgidas antorchas la oscuridad de mi existencia vana;

Y ante la magia del fecundo Lope, Rivas y Calderon, Tirso y Ayala, celebraré la majestad del Gémo que a un siglo y otro siglo lo abrillantan.

Maldición a esas obras imposibles, escarnio de las Musas veneradas, que a la vista de un público selecto a la Inocencia y al Pudor desgarran;

Y oro y festin y aplausos y corona; a las flamantes el rias literarias que al lado de Arietas y Bretones al elevado corazon encantan.

Arce sublime, nimen poderoso, sombra viril del épico Quiñana, al resonar tus gritos de combate y tu idilio sin par al pecho inflamado:

Y tú insigne Zorrilla legendario, Tenorio eterno de la escena Hispana, al coloso que en ella brilla excelso festeja con los rayos de tu fama.

Huere Campoamor, Grilo inspirado, Novo y Colson, y Aguirre de Tejada; Lasso, Búrgos, Palacio y Santisteban y otros cantores que el ensueño hermana;

Quando os saludo en el ameno Prado, y mi mano acogeis para estrecharla, orgulloso al gozar vuestra aureola, la hiel endulzo de mis pobres canas;

Y al seguir mi paseo hasta el Retiro, las flores me parecen más gallardas; más brillante el espejo de sus lagos, y más grato el rumor de las cascadas.

III

Del seno de una Concha incomparable tornó gentil, Cristina idolatrada, engreida de ver entre vergeles la primer flor de la moderna Escuadra,

En su alma hermosa, de virtud sagrario, cuanto hay de digno en el sentir resalta: el perdon en sus labios brilla eterno, y su placer más grande son las dádivas.

Y en su Trono de amor, de iman henchido, tienen los buenos su mejor morada; los nobles paladines lo custodian, y un Angel y dos Virgenes lo salvan.

¡Recuerdos! alentad a un fiel marino que en el Atlante deleitó su infancia, y hoy anciano y con fé, le rinde culto a todas las grandezas de la Patria!

Y al recrearme en la naval historia que sublima Colon desde su estatua, soñaré que de nuevo el gran Neptuno brinda su imperio a la Espanola armada;

Y soñaré, que a la inmortal Iberia Trafalgar y Lepanto le regalan naves heroicas que su Honor escuden con sangre del Callao en sus entrañas!

MANUEL EULATE.

CUENTO.

Caminando hacia el patibulo cierto dia, no se quien de una taberna a la puerta manifestó tener sed; trajéronle un vaso grande y al acabar de beber, así al tabernero dijo con sarcástico desden: —Amigo, no traigo suelto; a la vuelta pagaré.

JUAN UÑA.

Opportunamente dimos cuenta del éxito alcanzado por el drama del señor Fernandez Bremon, La estrella roja, estrenado en el teatro Español la noche del 19 del actual.

Desearo dar a conocer a nuestros lectores algunos trozos selectos de la irreprochable forma poética en que el drama se halla escrito, publicamos a continuación los siguientes fragmentos, elegidos al azar entre los muchos, inspirados que contiene.

En el acto primero dice Samuel, temeroso del saqueo de su casa:

¿Vendrán? Echaré la barra. ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué hechas hecho? ¡No celebramos los ritos puntualmente! ¿No atendemos con profusion y largueza al esplendor de tu templo? Protege nuestras haciendas: mira que son de tu pueblo no destruyas el producto del trabajo de tus siervos. ¡Ruido por fuera! ¡Oh, Señor! blande tu espada de fuego y defiende nuestra casa con tus rayos y tus truenos! No es oro y piedras y joyas lo que en mis arcas encierro, sino privaciones, ansias, trabajo, cálculos, miedo, gustos ahogados, y el fruto de la constancia y del tiempo. Es poder, es fuerza oculta, es relicario selecto de tus obras escogidas; Señor, no es hacinamiento de piedras y de metales brillantes, pero grosos, sino talisman activo, entorrecido monumento de que soy, como tú sabes, más sacerdoté que dueño. Si soy culpable, castigame, pero no en lo que poseo, sino en lo que me es propio: arrobátame el habla, póstrame enfermo quita la luz a mis ojos, mutila y flaga mi cuerpo; nada pido, nada valgo, nada estimo, nada quiero.

En el mismo acto primero, después de oír el pregon en que se ordena que los niños menores de catorce años, hijos de judíos, sean sacados del poder de los padres para educarlos en la religión cristiana, exclama Sara dirigiéndose a su padre:

SARA.

¡Salvémoslos!

Huyamos lejos, muy lejos, adonde de esas infamias no llegue siquiera el eco. ¡El rey! Si esto es imposible: pues qué, tiene el rey derecho para arrancar de mis brazos lo que nació de mi seno? ¡Darle otra madre! ¿Y en donde hallaré ese rey excelso para dormir a mi niño calor como el de mi pecho; ni donde, para guiarle dulcemente hacia lo bueno, palabras como las mias ni besos como mis besos? Huyamos, padre; nos tratan como fieras; pues a serlo: hay en los montes cavernas, en ellas habitaremos; y hay en la tierra raíces que nos sirvan de alimento, menos amargas que el pan que aquí llorando comemos.

OFICIAL

¡Silencio!

La ley y la fuerza mandan y es preciso obedecerlas; u calla, y tomad vosotros ese niño.

SARA

(Desviando primero a los soldados y luego presentándoles el niño.)

Detenoso

por compasion, si hay un rastro de ternura en vuestros pechos. Tiene mi niño los ojos como el azul de los cielos; y son sus manos tan blancas como la flor del almendro; y cuando paso las mias (lo hace) por sus rizados cabellos, de hermosas sortijas de oro, se llenan mis cinco dedos. No es niño el mio: es un ángel, que solo bebe mi aliento, y solo ha visto sonrisas, y se alimenta de besos: paso los dias mirándole, pata los suyos riendo, y entre caricias se duermen y son mis brazos su lecho. Sin él, las blancas paredes de la alcoba donde duermo estarían para mi cubiertas de paños negros. ¡Oh! Retirados, soldados y emplead vuestros esfuerzos en luchas donde haya gloria, en que no hayan de oponeros solo raudales de lágrimas como las que estoy vertiendo. Mirad, mirad como llora... mirad, mirad como llora.

Tambien son muy bellos los versos del acto tercero, en que Asser, después de haber leído el sermón de la Montaña, siente deseos de convertirse al cristianismo, y dirigiéndose a fray Antonio, le dice conmovido:

ASPERA

Yo amaba a mi nación; yo he deseado destruir sus cadenas, y hubiera derrochado por los mios, la sangre de mis venas, Cobardes y traidores me delatan, la traición de un extraño, bien lo sabéis; es traición nada más, simple vileza; la traición del amigo y del hermano; ¿quién ha de perdonar?

FR. ANTONIO

Cualquier cristiano; todo el que haya sentido la grandeza de ese libro que escondes en la mano.

ASPERA

¿Su grandeza no más? Yo la he sentido. Por ella estoy turbado y estoy triste; el Evangelio ten; tu me lo diste y siento la obsesión de su lectura. Desde que abrí sus hojas solo veo la pálida figura del dulce Galileo; su templo es la montaña, su púlpito una roca y a sus suaves acentos tallan las aves, páranse los a nadie a turbar se atreve aquel santo sermón, y es tal la calma, que ni la hoja en los árboles se mueve, y las gentes que escuchan afanosas reprimen sus sollozos y sus lágrimas corren silenciosas. Y envuelto en sus harapos el auditorio humilde, oye aquel himno que desdeña el poder y la grandeza, y da al desheredado un tesoro moral en su pobreza. No es valor el arrojado del soldado, que lo es el sufrimiento; ni tesoro el caudal acumulado, sino el desprendimiento; el perdón sustituye a la venganza; la paz a los combates; más que la posesión, es la esperanza, la túnica del lirio, más que la régia púrpura del tirio; nada vale en el suelo, lo que tiene valor está en el cielo. Sollozos contenidos forman al concluir sublime coro, y el llanto le acompaña, al ver sobre la mística montaña, nacer la caridad con alas de oro. Día feliz aquel; monte bendito, que escuchó aquella santa poesía, que aplaudieron con trinos, con olores, cada cual con su idioma y su armonía, ríos y arroyos, pájaros y flores.

UN ÉXITO

SERAFINA LA DEVOTA.

Decía Víctor Hugo que el arte es una inmensa abertura en la que cabe todo. Se dirá de él que falseó la política, porque fué todo lo que fué su siglo; ¿pero hay algún poeta que haya sido consecuente?

Se dirá que si el poeta es inmortal podrá no serlo el dramaturgo; ¿pero hay poesía ni más alta ni más honda que la poesía lírica?

Se dirá lo que se quiera, pero en el arte cabe todo. No solo el vicio agradable, que todavía así retratado, halaga a la frágil naturaleza del hombre; sino hasta la virtud degradada que, aunque pocos, aun tiene seguramente quien la escuse en la novela y en el drama.

Pero no se trata de formular principios ni sentencias, sino de reflejar las primeras impresiones de un gran éxito en el teatro de la Princesa.

Sardou, el primer autor dramático francés contemporáneo, lleva a la escena lo que en ella tiene su natural asiento y perfecta cabida; las pasiones y los vicios. Sardou ha escrito *Serafina*. Y *Serafina* es una comedia donde asoman, el fanatismo, y la pasión egoísta de la tranquilidad y la dicha propias; y donde se muestran con toda holgura y desarrollo completo la hipocresía religiosa, la devoción falsa, lo que hay de mogigato y gazmoño en el público ejercicio y ostentoso alarde de las prácticas devotas. Es una acabada exposición de estos vicios constantes, y una sátira cruel de la explotación frecuente de ellos se hace. Ni hay más misterio ni más problema en la admirable comedia; ni hacen falta otras metafísicas ni otras matemáticas, que evidentemente sobrarian, para que *Serafina la devota* sea una de las mejores producciones dramáticas del insigne escritor.

Viva Serafina, casada y baronesa, asistente del baron y protegida por su cuñado el coronel, con dos hijas, una casada y otra soltera. Agata, casada con Oliverio. Ivona, soltera, dedicada por su madre desde que tenía seis años, ó mejor, ofrecida al Señor como voto de arrependimiento y demanda de perdón y olvido para las culpas pasadas de Serafina. El baron, a quien no conocemos, viaja por los Santos Lugares, abandona fácil y largamente a Serafina, y si un día Serafina faltó a sus deberes conyugales con el contralmirante Martignac, y nació de las relaciones ilícitas la bellísima Ivona; para que Ivona recie por todos, y lllore por su madre, y haga descender la gracia del perdón sobre aquella casa, Serafina se dispone a encerrarla en un convento y redimir su culpa en la cabeza ajena y por poderes. ¿No hay aquí más egoísmo que religiosidad, más interés calculado que fanatismo egoísta?

Pero continúe mos el argumento. Serafina vive devotísimamente. Oliverio no puede ni abrazar a su compañera Agata delante de su suegra Serafina. Agata, cuando siente, prefiere a su marido; pero cuando reflexiona, ¡oh! prefiere a su madre. El coronel está convencido de que la gota se cura con dietas y bacalao, y que el tiempo se pasa santamente recortando estampas, y que el café, el tabaco y las interjecciones son mortales para su enfermedad. Las amigas de Serafina no pierden un sermón sobre la caridad cristiana y arañan y despellejan la agena reputación desafortunadamente. Oliverio las fustiga, las acusa, y en sus viajes a América trae pájaros disecados, minerales curiosos, y una yerba que cura la rabia para las amigas de Serafina... y para Serafina.

Este hombre que desentona en la casa, es vigilado por un espía, también devoto, que se llama Sulpicio, que no habla mal de nadie... en voz alta y que se emociona peligrosamente recordando a las bailarinas de la ópera. El tal Oliverio es de igual modo aborrecido por el señor de Chapelard, devoto de afición, que recuerda un célebre personaje de Eugenio Sué, más cómico Chapelard, y más ridículo que aborrecible; especie de mufidor de cofradías, cacique de elecciones en la renovación de las juntas benéficas, hombre necesario para la cuadrilla de la devoción elegante, que la llama Perez Galdós en la *Desheredada*, y consuelo y regocijo del coronel, porque cuando Chapelard come en casa de Serafina, se come bien. No puede suceder otra cosa siendo Chapelard hombre que castiga al cuerpo arrimándolo cruelmente a la chimenea cuando tiene frío y hartándole hasta reventar cuando tiene hambre. Los mismos criados dicen del señorito Oliverio que es un viajero de *pacotilla*, porque no se lo comen las fieras en sus escursiones, y cada vez que vuelve a casa, viene más gordo. Oliverio no tiene más amigo que Roberto, y Roberto que ha visto a Ivona cambiar cartas al salir de misa con una mujer a quien oyó llamar «la nodriza», se enamora de Ivona, pero la calumnia, juzgando a la hija de Martignac y de Serafina deshonrada por aquellas confidencias. Todos menos Roberto constituyen la sociedad y la familia de Serafina. Roberto entra en la casa como aspirante a ocupar un cuarto desahogado en otra finca de la baronesa, y es admitido—después de un largo interrogatorio acerca de su estado, ideas, posición y carácter—porque es pariente muy cercano de unas señoras que tienen diez votos en cierta sociedad de fines propios de aquellas gentes y de la cual aspira Serafina a la presidencia.

Todo va a pedir de boca, cuando se presenta el contralmirante Martignac a reclamar su hija; cuando Oliverio se cansa de sufrir a Serafina; cuando Roberto se propone asaltar de noche el cuarto de Ivona; cuando el coronel se convence de que no le cura la gota el comer de vigilia; cuando Sulpicio se conmueve con las bailarinas de la Ópera, a las que no hay duda de que fué a parar el producto de cierta cuestión que se hizo en el primer acto para socorrer a los patagones; todo va bien hasta entonces; y entonces hasta el criado de Serafina ofrece a Roberto por cincuenta lises no abrir la reja para que sorprenda a Ivona, sino sencillamente *olvidarse de cerrarla* a la hora de costumbre.

Las situaciones del segundo acto son todas hermosísimas. Ivona que ignora el pecado—sabe que Martignac fué su padrino, y le quiere más que al baron, porque Martignac la cuidó en la pensión y en el convento cuando era niña, no la destina a la reclusión como su madre, y le ofrece que la casará tan pronto como se vuelvan a ver; y se ven y se abrazan y lloran y se conmueven en presencia de Serafina; y el señor de Chapelard declara que cuando tanto se emociona un padrino al abrazar a su ahijada, el señor de Chapelard sabe por experiencia que algo más que padrino debe ser el personaje.

Ivona resiste heroicamente su ingreso en el convento; Serafina no cede; la comedia llega a los dominios del drama; natural y lógicamente, los caracteres, acentuados todos, acusados todos deliberadamente, y quizá alguno exagerado, se desarrollan y muestran en toda su plenitud. Y Oliverio se vá de la casa y su mujer se escapa con él. Y Martignac roba a su hija cuando la implacable Serafina la envía con el señor de Chapelard al convento. Y Roberto, que es acusado por su infame sospecha, es despedido y ofrece vengarse. Y el coronel que, cumpliendo las órdenes de Serafina, va al ministerio de Marina dos veces, para enterarse del día en que ha de partir Martignac, se venga de la tiranía de Serafina, y en el primer recado se fuma un puro, y en el segundo se toma una taza de café con rom.

Aquello es un veodadero pronunciamiento. En fin, el mismo Oliverio para que su mujer le siga, le ofrece que, además de su marido, será su madre. Roberto ha sorprendido a Ivona en su cuarto; ella le ha rechazado; una carta de Ivona a Martignac justifica ante Roberto la inocencia de Ivona; él le ofrece su mano; los gritos de la ni-

ña avisan a la madre; y de allí sale Ivona para la reclusión y Roberto para casa de Martignac a pedir la mano de la colegiala.

Si algún acto es mejor que los otros, quizá merezca el tercero de esta obra sobresaliente, la preferencia. Los efectos de la mujer que se refugia en casa de su marido y de la hija que gozosamente se deja robar por su padre para huir del convento, producen en el público toda la feliz impresión imaginada. Y la sátira, que fustiga despiadadamente los vicios que el drama refleja, llega a su más alto relieve en este momento culminante de la acción.

El desenlace ocurre en casa de Martignac. Después de las tiernísimas escenas entre Martignac e Ivona, Oliverio llega a darle cuenta de su felicidad conyugal lejos de aquella suegra que ya debió ascender a presidenta de la junta de cuestiones para la Patagonia. Serafina Chapelard y el coronel van a recobrar a Ivona. Roberto a casarse. Y la policía ronda el domicilio de Martignac. Serafina amenaza con publicar el robo de su hija. Martignac con publicar las cartas que preben la deshonra de Serafina sino convence a todos de que no está Ivona en la casa de Martignac. Niega Martignac que la robase. Luchan los amantes hasta la desesperación; Martignac por su hija; Serafina por su hija y por su honor; el amor de madre vence en Serafina y descubre la habitación donde está Ivona al señor de Chapelard, a Roberto y al coronel; Martignac busca las cartas de Serafina que guardaba juntas con las de Ivona, pero no están en su sitio.

La deshonra de Serafina no puede probarse, y el conflicto acaba. Ivona arrebató las cartas para quemarlas, porque en ellas no hablaba bien de Serafina, y quiere borrar, siendo mujer, los arrebatos infantiles de la primera edad cuando amaba más a su padrino que a su madre.

Entre las cartas de Ivona a Martignac estaban las de Serafina al mismo Martignac. Ivona cree que todas las del paquete son suyas y las quema todas.

Serafina entonces descansa y se encomienda a Dios. Martignac bendice a su hija y se ausenta. Ivona y Roberto se casarán. Y la deshonra de Serafina permanecerá oculta para sus hijos. Este es el asunto superficialmente referido.

Imposible ante una sola impresión hacer el análisis de los cinco actos, a cuatro reducidos por Enrique Gaspar en su arreglo notabilísimo. Las bellezas de concepto y de frase son continuas y constituyen la belleza total y constante de la comedia. Quizá, repito, están los caracteres sobradamente acusados, no sé si por muy respetable delectación artística del autor. Muchos son los de la misma especie acumulados en la obra; y se necesitan el talento escénico y la aptitud creadora de Sardou para que todos resulten semejantes y distintos. Sóbrio el diálogo, como rara vez lo cortan los grandes autores contemporáneos; retratados los personajes, más en la acción que en la conversación, como exige la realidad artística; el desarrollo lógico siempre, los incidentes naturales y justificadísimos—incluso aquel de apoderarse Ivona de las cartas de su padre, en el momento de la mayor perturbación de Martignac porque van a arrebatarse su hija,—no hay obra dramática de mayores bellezas en todo el repertorio de Victoriano Sardou; extraordinario escritor dramático, y para mí tan grande en *Serafina* como en *Fernanda*; que no sé si es mayor el éxito de fustigar los vicios que todavía pueden ser virtudes a los ojos de la muchedumbre y ser por la muchedumbre misma aclamado, como sucede en *Serafina*; ó conmovernos a todos como en *Fernanda* nos conmueve, haciendo simpático el más odioso de todos los impulsos pasionales; el de la venganza.

De la ejecución, todo está dicho. El triunfo de Ceferino Palencia y de María Tubau es este; que el actor que mejor ha representado su papel ha sido el que mayores dificultades ha necesitado afrontar. María Tubau es la primera actriz española contemporánea; en *Serafina* y en el último acto especialmente, llega a la mayor altura. Cuando entra en casa de Martignac está admirable. La señorita Bardo llora de veras y Manini ríe de veras también. Este distinguido actor se mueve quizá demasiado. En cambio Amato, que cada día será más aplaudido, peca de natural rigidez en algunos momentos.

La oratoria y la representación dramática, que son dos representaciones artísticas, y de muchos actores aprendieron la acción muchos oradores elocuentísimos, se diferencian en que la elocuencia exige, sobre todo, la naturalidad, y la representación dramática, el arte. La afectación en la escena es el defecto de los malos actores, y Amato propende al extremo opuesto: este es su mejor elogio y el reconocimiento de su verdadero mérito. Vallés muy bien. Todos los demás actores y actrices, perfectamente.

Y ahora perdone el lector que le haya referido el argumento y agradéz-

came que lo haya contado tan mal.

Nada provoca tanto el afán de sentarse a la mesa como la lectura de un menú confuso y difícil, detrás del cual se sabe positivamente que hay una gran comida.

CONRADO SOLSONA.

MOSÁICO MADRILEÑO

Siempre los estudiantes.—Las cigarreras en la Castellana.—Animación teatral.—Líterato de portería.

Acordes musicales, rumor de muchedumbres... ¿qué ocurre?

Nada grave: que los estudiantes, compadecidos de la desgracia de las obreras de la Fábrica de Tabacos, han alquilado unas carretelas para pasear a algunas de las víctimas y hacer una cuestación entre el público.

¿Qué gentío por las calles y qué inusitado rumor! ¿Qué lo motiva?

Poca cosa; que los estudiantes se dirigen a ver al ministro de Fomento y pedirle que se cierren las clases hasta el 7 de enero, fundados en el desarrollo de la viruela. Cierta que ya se les dijo que se podían tomar todo el tiempo que quisieran para vacunarse; pero está no les basta. Quieren que no haya clase para nadie, porque la viruela, inofensiva en los teatros, en la Plaza de Toros y en los billares, debe ser cosa terrible en las aulas.

Pues ahora suenan gritos, silbidos, y, si no oigo mal, gritos de muera... ¿Qué ocurre?

Los estudiantes, que celebran así el aniversario sexto de una jornada en que suponen que fueron maltratados; y para dar a la fiesta mayor carácter, silban a las autoridades, atropellan a los guardias, espantan a las caballerías y llevan consigo el escándalo.

Y si este Mosáico no fuera madrileño, exclusivamente, aun podrían agregarse a estos hechos la escena en que unos estudiantes de Barcelona se disponen a realizar una ovación y otros a propinar una silba al Sr. Sagasta, y otra escena en que los estudiantes valencianos acogen también a silbidos el discurso inaugural de su Universidad literaria.

No se me oculta ¡oh jóvenes amables! que vuestra conducta de hoy obedece a la nuestra de ayer; que os hemos dado perniciosos ejemplos que fielmente tratáis de seguir, y que algo puede dispensarseos en tal concepto. Pero creo que os anticipáis un poco a los acontecimientos y que invadís el porvenir muy pronto, como dicen los novelistas ramplones en más de un capítulo. Antiguamente eran los estudiantes de los últimos años de facultad los alborotadores; después lo fueron los del preparatorio y hoy lo son ya los de segunda enseñanza: de seguir esta progresión descendente, mañana tendremos que habérnoslas con los niños de la doctrina y los párvulos, cuando se lancen a las calles diciendo que los altos cuerpos consultivos son unos ignorantes, que no deben vivir equilibrados los partidos y los procedimientos políticos y que no debe haber más credo que la Soberanía Nacional, más templos que las logias masonicas, ni más hombres dignos de respeto que aquellos en cuyo favor trabajan los mufidores de estas manifestaciones infantiles.

Creo prudente que no sigais avanzando tanto a pesar del progreso indefinido de los tiempos; que debéis aspirar, por el contrario, a merecer el honorario dictado de estudiantes; que vuestro lugar no es el foro, sino el aula, y que debéis recabar vuestra independencia no prestándoos a servir de instrumento a los que ni son estudiantes, ni acaso lo han sido nunca. Oid mi voz amiga, que para vosotros debe tener mucha mayor autoridad que otras muchas, siquiera por los veinte años que hace os vengo consagrando mis humildes escritos en libros, periódicos y revistas.

El Palacio de la Industria, utilizado desde el primer momento para objetos distintos del de su creación, como local de exposiciones artísticas y hospital de los atacados por el dengue, funciona ya como Fábrica nacional de Tabacos.

En este asunto somos incorregibles: fundamos un Museo de Ciencias y lo llenamos de cuadros; levantamos una casa a los gabinetes de Historia natural, y los reemplazamos con una Academia artística; hacemos una Casa-Correo y la convertimos en Ministerio; levantamos un palacio a la imprenta y lo empleamos en servicio de cartería; hicimos un Saladero de cerdos y lo convertimos en Carcel; teníamos una casa para la fabricación de licores y la hicimos servir para la elaboración de cigarros, y cuando el fuego lo arrasa llevamos a las cigarreras al edificio levantado para la Industria. Cualquiera sabe en España lo que un edificio en construcción puede llegar a ser, y por eso los madrileños nos preguntamos curiosamente desde hace veinticinco años, delante del palacio de la nueva Biblioteca: ¿Será al cabo palacio de libros ó circo tan rómulo? ¿Se te habilitará para cuartel ó para oficinas de Hacienda? ¿Acaba-

rás en estacion de ferrocarril ó en casa matadero de ganados? Las circunstancias con poderoso impulso motivar casi siempre estos cambios, y hoy es seguramente, muy respetable el motivo que lleva a las pobres cigarreras a ocupar el Palacio de la Industria. Aquí lo único malo es que estos remedios provisionales suelen convertirse en hechos definitivos, como los hechos y derechos definitivos se suelen convertir en provisionales, y que si nosotros hemos visto arder y desplomarse el edificio de la calle de Embajadores, es más que posible que solo nuestros nietos alcancen el que haya de levantarse de nueva planta.

Lo esencial, por el pronto, es que a la gran catástrofe de la vieja fábrica ha seguido un movimiento caritativo digno de loa y que las pobres cigarreras se encuentran instaladas en el palacio de la Castellana.

¡Qué mundo tan nuevo para muchas de ellas, que viviendo en la barriada de Embajadores ó de las Peñuelas, no conocían de Madrid más que algunas de sus calles extremas! Qué diferencia entre el antiguo y brevisimo viaje que antes hacían y el que tienen que realizar hoy, utilizando las facilidades del tranvía! Convengamos en que si algo faltaba para que la clásica cigarrera desapareciese, ese algo puede ser el coche del tranvía que la conduce hoy por rails de hierro al Palacio de la Industria, en el moderno Madrid.

Y ya que hablo del suceso de la semana anterior por las consecuencias que en esta ha tenido, no creo inoportuno agregar que, por extraña coincidencia, los cigarreros que hoy se fuman arden difícilmente. A semejanza de algunos valientes que acuden una vez a un duelo para lograr reputación de bravos y no volver a batirse nunca, el tabaco nacional ardió perfectamente en sus depósitos y ranchos de la calle de Embajadores y ya no se quema por nada. Si es protección indirecta a la industria cerillera ó empeño moralizador para combatir el vicio de los españoles, la incombustibilidad de los cigarreros se explica. De otra suerte tendría poquísima gracia; y de todas maneras, convengamos en que es un poco incómodo ocupar con una bufa encendida la mano derecha, siempre que en la izquierda llevemos un cigarro.

Sobre todo en paseo.

Los teatros dan señales de vida, y hacen laudables esfuerzos para llamar público.

En el Español se ha estrenado el drama *La estrella roja*, de Fernandez Bremon, que es una pintura de los combates de la intransigencia religiosa, en pasadas épocas, vestida con los soberbios ropajes de la poesía y el irreprochable buen gusto de su autor.

En la Comedia hemos visto el nuevo sainete *Bonitas están las leyes ó la vida del interfecto*, en el que Ricardo Vega demuestra sus felicísimas aptitudes para un género tan genuinamente español y característico como el sainete, si bien en la ocasión presente perjudica al libro la circunstancia de tener dos actos, con lo cual rompe los moldes, olvida la tradición, y aun se perjudica a sí propio, por ser difícil de sostener en un teatro de primer orden producción de tal naturaleza y dimensiones.

Javier de Búrgos, en Lara, nos presenta una donosa caricatura de *La gente de pluma*.

Por último, el suceso de la semana, y que ha de llenar varias, es el estreno en la Princesa de la comedia de Sardou *Serafina la devota*, magistralmente trasladada a nuestra escena por un maestro en tales empresas: Enrique Gaspar. De la completa apreciación del mérito de esta obra se ha encargado en este número pluma más esperta y acreditada que la mía.

Confieso ingenuamente, que no habiéndome logrado entusiasmar nunca las panaceas que brindan al pueblo los sistemas liberales, es posible, más que posible, que alguna vez me haya permitido alguna bromita acerca del sufragio, juntas del censo y listas de la Plaza Mayor; pero la verdad es que se han vengado. En el libro, ya impreso, del censo, aparecen mi nombre y apellidos, mi profesión y hasta que sé leer y escribir; pero en cambio se dice que tengo mi domicilio en la portería.

Un escritor que vive en la portería, tiene que ser forzosamente un memorialista, y esto ya es abusar.

Por otra parte, la ofensa alcanza a uno de mis hijos, mayor de edad, a quien se cita como inquilino del piso principal, en la casa donde el padre aparece como portero.

¡Fíese Vd. de las listas rectificadas del censo!

M. OSSORIO Y BERNARD.

El número de *La España Moderna* correspondiente al mes actual, además de un largo estudio del eminente cardenal Fr. Zeferino Gonzalez, acerca del lenguaje y la unidad de la especie humana, contiene diferentes artículos de la Sra. Pardo Bazan y señores Valera, Menéndez y Pelayo, Querol, Barrantes, A. de Portmartin, A. Daudet, G. Macé y Julio G. Fresco.

Imp. de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA